

mismo año. No sería fácil explicar el contento y satisfaccion que recibieron todos los religiosos al ver en su compañía al siervo de Dios; si bien esta alegría fué mezclada con el pesar de verle llegar enfermo, por cuya causa se fué directamente á la enfermería. Al entrar en el convento dijo, como presagiando su fin, aquellas palabras de David : *Aquí será mi descanso para siempre; esta casa será mi habitacion puesto que yo la elegí.* Sin embargo de la debilidad que le habian ocasionado unas molestas cuartanas, y lo muy quebrantada que estaba su salud, pidió licencia al guardián para observar el ayuno del adviento; pero el día 16 del mismo mes le sobrevino una calentura tan ardiente, con tan grande dolor en el pecho, que tuvo que templarse aquel fervor, por haber declarado los médicos que la enfermedad era de mucho peligro. En efecto, se verificó el dictámen de los facultativos, pues por momentos iba empeorando; y advirtiéndolo esto el siervo de Dios, él mismo pidió que le administrasen los sacramentos. Sin embargo de no haber perdido en toda su vida la gracia bautismal, hizo confesion general con grande compuncion y lágrimas, y al tiempo de recibir el Santísimo Sacramento pidió perdon á todos los religiosos, protestando que habia sido muy pecador y escandaloso. Declaró asimismo que habia pasado á los capuchinos sin otro fin que hacer la voluntad de Dios, y que con el mismo fin se habia vuelto otra vez á la observancia. El día 22 por la tarde le hallaron los médicos en tal disposicion, que dijeron quedarle pocas horas de vida. Dióle esta noticia un religioso, y el santo con un rostro placentero, que demostraba la gloria que iba á gozar dentro de poco, le respondió con aquellas palabras de David : *Alegrádome he en lo que se me ha dicho, iremos á la casa del Señor.* Diéronle la extremauncion, que recibió con devocion grande, y en la mañana del día 23

cerró sus ojos como quien se echa á dormir, y diciendo á un divino crucifijo : *Jesus, creo,* durmió el sueño de los justos. Nueve días permaneció el santo cuerpo expuesto á la veneracion del pueblo, en los cuales manifestó Dios con muchos milagros las grandes virtudes de su siervo Nicolás, y la grande gloria con que ya estaban premiadas. Entre los milagros no fué el menor el de su admirable incorruptibilidad, y la fragancia que despedia, siendo una y otra tan admirables, que llegaron á persuadirse algunos criticos que eran obra de algun artificio, y que los frailes le habian embalsamado. Por esta causa se hizo reconocimiento por ante juez competente y facultativos, y se halló que el cadáver estaba entero é incorrupto, y flexible como si estuviese vivo, y que el olor suave que despedia no era ocasionado de diligencia humana, sino favor con que Dios queria honrar á su siervo. Diéronle sepultura en lugar señalado, y con el tiempo se procedió á solicitar su beatificacion en vista de los continuos prodigios que dispensaba Dios á los que imploraban su patrocinio. Lograron finalmente sus deseos los repetidos votos de tantos como la solicitaban; pues en el día 27 de agosto del año de 1786 nuestro santísimo padre Pío VI le declaró beato, pidióle su intercesion como á tal, y á su imitacion hacen lo mismo los que admiran y aprecian sus virtudes.

## MARTIROLOGIO ROMANO.

En Roma, santa Victoria, virgen y mártir, la cual, en la persecucion del emperador Decio, hallándose desposada con un pagano llamado Eugenio, y no queriendo ni casarse ni sacrificar, despues de muchas acciones milagrosas, con las que habia ganado para Dios muchas virgenes, tuvo el corazon traspasado de una estocada por el verdugo, á solicitud de su esposo.

En Nicomedia, la fiesta de veinte bienaventurados mártires, muertos por Jesucristo en la persecucion de Diocleciano, despues de haber pasado por los mas crueles tormentos.

En el mismo lugar, el martirio de san Migdonio y de san Mardonio, uno de los cuales fué quemado en la misma persecucion, y el otro fué precipitado en una hoya, donde murió. Entonces fué tambien martirizado el diácono san Antimo, obispo de Nicomedia, quien, habiendo sido preso por los gentiles al tiempo que llevaba cartas á los mártires, fué apedreado, y rindió su alma á Dios.

En Creta, san Teódulo, san Saturnino, san Euporo, san Gelasio, san Euniciano, san Zético, san Cleómenes, san Agatopo, san Basilides y san Evaristo, quienes, en la persecucion de Decio, fueron decapitados, despues de haber padecido crueles tormentos.

En Roma, san Sérvulo, de quien san Gregorio ha escrito que, habiendo quedado paralítico desde su mas tierna edad, vivió tendido en un pórtico cerca de la iglesia de San Clemente, y que al fin, invitado por el canto de los ángeles, pasó á la gloria del paraiso. Dios ha honrado su sepulcro con muchos milagros.

En San Claudio en el Franco Condado, san Sabiniáno, diácono, discipulo de san Roman.

Este mismo dia, san Asclepo, obispo de Limoges.

En el bosque de Voivre, en la diócesis de Verdun. san Dagoberto II, rey de Austrasia.

El propio dia, el venerable Yves de Chartres, obispo célebre por sus escritos.

En Etiopia, san Abashado, abad y mártir.

En Egipto, san Helánico, obispo.

Igualmente en Egipto, san Begea, abad.

En Inglaterra, san Fredeberto, obispo.

*La misa es en honor del santo, y la oracion la siguiente.*

Deus, qui beatum Nicolaum confessorem tuum ineffabili charitatis tuæ igne succensum, te puro corde sectari fecisti: da nobis famulis tuis, ut eodem spiritu repleti, et charitate ferventes, viam mandatorum tuorum inoffenso pede curramus. Per Dominum nostrum Jesum Christum...

O Dios, que, habiendo encendido con el fuego inefable de tu caridad al bienaventurado Nicolás tu confesor, hiciste que te siguiese con corazon puro. concédenos á tus siervos que, llenos de su mismo espiritu, y ardiendo en caridad, andemos el camino de tus santos mandamientos sin tropezar ni caer en precipicios. Por nuestro Señor...

*La epistola es del cap. 31 del libro de la Sabiduria, y la misma que el dia XIV, pag. 325.*

#### REFLEXIONES.

Son grandes sin duda alguna las recompensas que están prometidas á los que observan la ley. San Pablo mismo asegura, como testigo de vista, que son superiores al talento humano, y que todo entendimiento debe quedarse sorprendido y absorto cuando las contempla; pero tambien es verdad que para llegar á conseguirlas se necesita mucho trabajo, mucha penalidad, y hacer una expresa violencia á todas las pasiones: esto mismo se insinúa en las santas Escrituras, cuando el reino de los cielos se compara unas veces á una montaña alta y escabrosa, y de difícil subida; otras á una ciudad bien fortalecida, colocada sobre la cima de un monte, y cuando se dice que es estrecho el camino que conduce á la vida. En la epistola de este dia se manifiesta con bastante claridad este mismo asunto cuando, despues de haber dicho que es bienaventurado aquel varon que fué encontrado sin mancha, que no se dejó llevar del oro, ni colocó sus esperanzas en el dinero y las riquezas,

añade: ¿quién es este, y le alabaremos? porque realmente hizo cosas admirables en su vida. No entiendas, ó cristiano piadoso, que cuando el Espíritu Santo se explica de esta manera, pretende enseñar á los fieles que su salvacion es tan difícil, que el llegar á conseguirla sea una cosa admirable. El Espíritu Santo ha dictado las Escrituras para nuestro provecho, y regularmente se ha acomodado á la capacidad y modo de entender de los mas flacos, para de esta manera aprovechar á estos, y á los que se hallan adelantados en la virtud.

Una simple ojeada sobre los fastos eclesiásticos, y una pasajera consideracion sobre el carácter de la santa madre Iglesia, basta para conocer que aunque no sea fácil, ni cosa acomodada á los sentidos el caminar por los senderos de la virtud, sin embargo no es tan difícil ni tan impracticable su camino, que no le hayan andado infinitos con admirable constancia y fervor. En las historias eclesiásticas se hallan ejemplares de toda clase: anacoretas penitentísimos en los desiertos: santas viudas y austeros confesores en los poblados: monjes fervorosos y castas vírgenes en los encierros: Luises, Fernandos é Isabeles en los tronos; y Gineses y Crispines en los oficios mecánicos. Vemos los campos y los circos regados con sangre de mártires, y congregados en tropas infinitos cristianos de todos sexos y edades, que con su cruz á cuestas van siguiendo á su capitán y maestro, que llevó la suya hasta la cima del mundo en donde espiró. Pero sin apartarnos de los mismos apóstoles, pudiéramos ver con facilidad que en la vida cristiana debe de haber algun secreto que amortigua la sensacion respecto de los trabajos, y hace concebir unas ideas dulces y deliciosas de las austeridades del cristianismo. ¿Qué otra cosa sino pudiera hacer que unos hombres, á quienes se les habia mandado dejar su

casa, y cuanto poseian, á quienes se les habia mandado que se fuesen, desprovistos de todo, á predicar una ley y una doctrina que habian hecho morir á su Maestro en una cruz, abrazasen con tanta facilidad este partido, y en la ejecucion vertiesen con tanto gusto su sangre? Pero tal es el carácter de la santa Iglesia de que somos miembros. Ella es santa, y esto se ha de verificar, teniendo hijos santos que sigan sus santas leyes, y arreglen una vida santa, formada de santas costumbres. Esta santa Iglesia es depositaria de la gracia, con la cual se allanan todas las dificultades, se vencen todos los peligros, y se triunfa del infierno; pero estas verdades, al paso que hacen asiento en el corazón del justo, y le presentan la virtud á un punto de vista amable y delicioso, son despreciadas del pecador. El hombre injusto las aborrece, y embelesado con las delicias de esta vida mortal, mira con horror toda ley, todo precepto que prescribe su abandono; pero los infelices tendrán su desengaño en el tiempo que menos piensen, y entonces conocerán en vano que es bienaventurado solamente el que al fin de la vida es hallado sin mancha.

*El evangelio es del cap. 12 de san Lucas, y el mismo que el dia XIV, pág. 328.*

#### MEDITACION.

##### SOBRE LA MUERTE DEL PECADOR.

##### PUNTO PRIMERO.

Considera que la muerte del pecador, además de cuanto tiene de horroroso por la repugnancia de la naturaleza, se hace excesivamente amarga por todas cuantas circunstancias la acompañan, sin excluir las que de su naturaleza son buenas, como son los desengaños.

El Espíritu Santo, para denotar con el mayor iacónismo la miseria de aquellos infelices, dice en dos palabras que la muerte de los pecadores es pésima. Y así es á la verdad, porque en aquel punto se le juntan de tropel en la memoria todas las imágenes de la vida pasada, y juntas á porfia procuran aumentar su desventura y su desesperacion. Porque, ¿qué es lo que le sucede á un hombre vicioso cuando llega aquel instante terrible, en que tal vez sus mismos vicios traen un fin acelerado á su vida? Postrado en un lecho de dolores advierte que ni su puesto elevado, ni su autoridad, ni sus riquezas pueden impedir que vaya poco á poco faltándole la vida. Mira á los semblantes de los que le rodean, y en todos ellos ve pintado el desconsuelo, sin que descubra el rastro mas lijero de la consoladora esperanza. Apura en vano á los facultativos para que empleen las fuerzas de la naturaleza en restaurar las de su cuerpo que están ya casi apuradas. Clava los ojos medio desencajados en cualquiera que se llega á la cama, y cuando espera alguna nueva consolante en orden á su salud, ve un ministro de Jesucristo, que con semblante majestuoso y compasivo le anuncia que ha llegada la hora de su muerte, que su enfermedad no tiene remedio, que se disponga como cristiano para recibir los últimos auxilios de la Iglesia, y presentarse en el tribunal de Jesucristo á dar cuenta de su vida. Esta terrible nueva estremece sus entrañas, y causa una convulsion general en sus potencias y sentidos. Vuelve los ojos á su vida, y encuentra un conjunto monstruoso de crímenes y atrocidades que le espantan y aterran. Ve tantas injusticias cometidas, tanta hacienda robada, tantos honores difamados, tanta continuacion en el mal; ve unas costumbres corrompidas, un tiempo empleado en deshonestidades, en malas compañías, en el juego,

en voluptuosidades, y no solamente en engañarse á sí mismo, y perder la salud de su alma, sino en tender lazos, y hacer caer en ellos á los mas inocentes; ve finalmente que ha despreciado la gracia de Dios de mil maneras, ya vilipendiando al predicador que le avisaba desde el púlpito, ya ridiculizando los libros devotos, y ya finalmente haciendo burla de las cosas mas santas y sagradas. No halla en su conciencia cosa que no le provoque á desesperacion. Quisiera arrepentirse, y no encuentra con los medios: Dios le niega su gracia en aquella hora en pena de haberla él despreciado toda la vida; su turbacion y su congoja crecen y se aumentan por instantes; el ministro y los circunstantes instan para que se confiese, y en este instante de turbacion y de espanto apenas encuentra con otra cosa que con la desesperacion y con unos desengaños inútiles y tardios. Ve que nada le aprovecha, ni el deleite, ni las riquezas, ni la amistad, ni el puesto encumbrado, ni la vana filosofía. Erré el camino de la verdad, exclama: óyese un rechinar de dientes, y su alma en aquel momento es sumergida en el abismo para ser atormentada con un fuego devorador por mientras Dios fuere Dios. Esta es la muerte del pecador; considera bien, ó cristiano, qué no debes hacer para evitarla.

#### PUNTO SEGUNDO.

Considera que todos los motivos de consolacion que suelen tener los infelices en los mayores apuros, y cuantos proponen los ministros de Dios á los pecadores que están en buena salud para retraerlos de su mal estado, se convierten para el pecador, en la hora de la muerte, en motivos de mas afliccion, de mayor congoja, teniendo perdida toda esperanza.

Frecuentemente se excita á un pecador á que aban-

done su mala vida, recordándole la suma bondad de Dios que no escasea las gracias; diciéndole que es padre de misericordias; que no quiere la muerte del pecador, sino que se convierta y viva; que para este efecto bajó del cielo, y tomó carne humana en las virginales entrañas de María; y últimamente, que con su misma sangre le preparó una redencion eterna, y le dejó en la Iglesia las medicinas admirables de los sacramentos, principalmente el de la penitencia. ¿A quién no pudieran consolar semejantes reflexiones? ¿qué pecador, por engolfado que se halle en sus delitos, no concebirá esperanzas de salir de ellos al oír las finezas que Dios hizo por él, y sabiendo que le mira como á hijo, y que es padre de misericordias? A la verdad, semejantes reflexiones han hecho prodigios en las almas de muchos pecadores obstinados, y á ellas se deben atribuir la mayor parte de las conversiones ruidosas que ha obrado la divina gracia; pero un pecador constituido en el instante terrible de la muerte, halla nuevos motivos de amargura y desesperacion en estas mismas reflexiones. Sabe que ha abusado descaradamente de todos los dones de Dios; que ha ultrajado su bondad, valiéndose de ella para ofenderle con nuevos delitos; que la misericordia de Dios no ha sido para él sino un pretexto ridiculo para despreciar mas y mas las amenazas de los sacerdotes y las verdades terribles de las santas Escrituras. Todas las gracias de Jesucristo, su encarnacion sacrosanta, su vida santisima y su dolorosa muerte, no le han merecido el menor aprecio. Ha pisado su sangre preciosisima, y ha pasado sobre ella para caminar á la injusticia, al adulterio y á todo género de excesos. Toda su vida ha sido un continuo tejido de desprecios que ha hecho de la divina misericordia. ¿Cómo se ha de atrever este hombre á llamar padre á Dios, cuando jamás le ha reconocido por tal? ¿cómo

ha de esperar que Dios use con él de misericordia, sabiendo que jamás ha hecho caso de ella? ¿cómo se ha de resolver á pedir una cosa de que nunca jamás se ha acordado? Su misma conciencia le está convenciendo de que los débiles esfuerzos que hace á instancias del ministro, los repugna el corazon, y no son efecto de un arrepentimiento sencillo, sino de la triste necesidad en que se halla. Conoce que es moralmente imposible deshacer en aquel momento de turbacion los infinitos males que ha cometido en toda su vida, y de consiguiente que en el tribunal de Dios, donde se va á presentar, no puede alegar disculpa alguna, y no hay mas remedio que salir para siempre condenado. Considera, ó cristiano, si puede llegar á mas la desventura de un hombre, ni puede ser mas horrorosa la muerte de un pecador.

## JACULATORIAS.

*Delicta juventutis mee, et ignorantias meas, ne memineris.* Salm. 24.

No os acordeis, Señor, de los delitos y pecados que contra vos he cometido en el discurso de mi vida, y principalmente en mi juventud.

*Si ambulavero in medio umbræ mortis, non timebo mala; quoniam tu mecum es.* Salm. 22.

Aunque me halle en medio de las tinieblas de la muerte, no temeré mal ninguno, porque vos, Señor, estais siempre conmigo.

## PROPOSITOS.

1. No puedes negar, ó cristiano, que las consideraciones que acabas de hacer de la muerte del pecador han conturbado tu alma, y han estremecido tu espíritu. Desde luego has conocido que todo ello es verdad, y verdad que tú mismo has visto repetidas

veces confirmada con la experiencia. No puedes negar que has admirado la tranquilidad y dulce sosiego con que viste morir á aquella persona virtuosa; y que por el contrario te quedaste horrorizado cuando viste morir entre espantosos gestos y terribles convulsiones aquel amigo, compañero tal vez de tus delitos, el que, sumergido en ellos hasta la garganta, apenas tuvo tiempo para decirlos rápidamente á la oreja de un confesor. Tu misma conciencia te obliga á hacer este discurso, ciertamente no hay en este mundo cosa tan espantosa y horrible como una mala muerte; no hay duda tampoco que el aventurarse á sufrir este mal, estando en mi mano el evitarle, es la mayor locura del mundo; y últimamente, mi conciencia me acusa de tantos delitos, que, si en este momento me llamase Dios á juicio, yo no podría prometerme otra cosa que la muerte del pecador. ¿Qué remedio, pues, para tranquilizar tu conciencia y librarte de tanta desventura? Si fuera tan fácil el precaver las enfermedades del cuerpo, como lo es el prescribir medicinas que preserven al alma, no solo de la enfermedad, sino aun de la misma muerte, poco tendrían que afligirse los hombres por los quebrantos de su salud.

2. El padre san Agustín (1) dice: *Aprenderás á morir bien, y á tener una deliciosa muerte, si te enseñares á tener una santa vida.* Y en otra parte (2): *Vivid bien, si no queréis morir mal.* Esto que dice san Agustín es lo mismo que dice el Espíritu Santo en el capítulo 41 del Eclesiástico amenazando á los perversos: *¡Ay de vosotros, impios, dice, que abandonásteis la ley del Señor altísimo! Se llegará vuestra muerte, y no tendréis otra cosa que una maldición eterna.* Para librarse, pues, de los horrores, desesperaciones y angustias que padecen los pecadores en la hora de la muerte, no hay otro remedio que obrar bien mientras vivimos.

(1) De Discip. Christ. — (2) Serm. 24, de Verb. Dom.

En cada instante, en cada momento de la vida debes tener presente que aquel puede ser el último de ella; que una muerte repentina puede preocupar todos tus pensamientos, y trasladarte desde la mesa, ó desde el lecho, al sepulcro. Debes, pues, vivir de la misma manera que quisieras haber vivido en el instante terrible de la muerte; y preguntarte cuando vas á hacer cualquiera cosa: ¿Haría yo esto si hubiese de morir ahora? Esta regla daba san Bernardo en el *Espejo de las monjas*. Consideraba muy bien el santo padre de cuán diferente manera se miran las cosas en aquella hora terrible de lo que se miran durante la vida. Mientras dura esta, se nos figura muy remota la muerte; las ideas de virtud y de bondad las tenemos demasiadamente confusas, y no hallamos dificultad en persuadirnos de que tal ó tal cosa no nos es enteramente prohibida. Bautizamos con el nombre de caridad lo que es una injusticia ó un robo; hallamos en nuestra salud ciertos quebrantos imaginarios que nos sirven de pretexto para no observar las leyes; y juzgamos erradamente que la costumbre, el genio del siglo, el puesto, la dignidad ó el nacimiento son suficientes razones para adoptar el lujo, la profanidad y la soberbia. La muerte desvanecerá todas estas ilusiones; y así, procura vivir ahora como entonces quisieras haber vivido, que de esta manera tu muerte no será pésima como la de los pecadores, sino preciosa á los ojos del Señor, como la de los justos.